xia, *brezo*, *brisa*, *brizo* (la cuna del niño), *broza*, *bruja*, *brucolaco*, y otros muchos.

Nótese que estos nombres indican casi todos, ó acción producida por el calor ó el fuego, ó fuerza y exceso de vigor, ó desarrollo y crecimiento, ó algún efecto espiritual á consecuencia de la asociación de ideas.

Dejaremos á otros el trabajo de seguir estos nombres hasta el origen; el camino está marcado, y establecer la filiación es fácil ya. Si fuésemos á poner ejemplos, no acabaríamos nunca, porque se ofrecen á porfía en muchas lenguas. Lo dicho basta para hacer comprender nuestro pensamiento.

LA ESPIRACIÓN.

I.

No se pueden estudiar las formas del *bero*, en las diferentes mitologías, sin acompañar á este estudio el de la espiración con la cual generalmente van aquéllas unidas. La espiración, *berscheiden*, en alemán, la salida del aire aspirado, fué siempre considerada por el hombre, como el principal síntoma de vida, después del calor. La respiración afirmando la idea de existencia en los animales superiores, hizo creer también por analogía, en la viviente personalidad de la naturaleza, cuyo aliento, soplo, ó espíritu santo, desde entonces, fué el aire conmovido. Los *Maruts* del Rig Veda son los vientos, espíritus divinos; el dios Pan, es el aire, como veremos luégo; y el espíritu de Dios es llevado sobre las aguas en la cosmogonía bramánica y en el Génesis. No sólo es el soplo ó la respiración la señal cierta de la vida, sino que en el primitivo orden de ideas, la comunicaba: «Formó, pues, Jehobá, Dios, al hombre del polvo de la tierra y alentó en su naríz soplo de vida, y fué el hombre un alma viviente.»

Las onomatopeyas de la espiración son estas: *ah*,

aj, ja, yah, av, af, aph, am, an, ass, ast, asch, at, ath. Así vemos, que el hebreo, que en esta parte ha conservado mejor que ningún otro idioma el elemento arcáico, ha com puesto con ellas, perfectamente puras, su verbo sustantivo, que como es sabido, afirma la respiración y la existencia. Unas lenguas han cogido unos sonidos y otras otros; pero el hebreo los usa casi todos en su conjugación; de aquí el error, como veremos luégo, de atribuir á su dios el nombre de un tiempo de su verbo. El eúskaro conserva bastante bien la misma onomatopeya en el verbo respirar=*ats-eguin*, (*hacer ats;*) *asnase* y *artu*. A veces la *m*, *n*, finales suelen convertirse en *r*.

Lo mismo que el *ber* da lugar á la formación de infinidad de palabras, expresando ideas de calor, producción, expansión y crecimiento, estas onomatopeyas de la respiración sirven para indicar todas las referentes á vida, animación, movimiento, existencia, soplo, espíritu, alma, voz y palabra. *Om oum*, el misterioso monosílabo de los Bhudistas y Brahmanes, significa en hebreo, como el griego *Pan*, todo lo que existe. Puede decirse que toda la mitología está encerrada en estas dos palabras claves: *Han* y *Ber*.

La espiración *han*, *hen* cambia frecuentemente en sibilante la aspirada, y suele hacerse *van*, *ven*, *phan*, *phen*, *fan*, *fen*. Por eso *phanim* en hebreo significa el soplo, la palabra, y el griego φωνη la voz. No cansaremos al lector con más preparaciones; esto basta para la comprensión de los mitos que podemos llamar del espíritu y para distinguirlos de los del calor ó del fuego.

Tendremos, pues, que los nombres de dioses, considerados como espíritus animadores del mundo y de la vida, serán todos formados desde un principio por alguna de las onomatopeyas de la espiración, y otros

pasarán á sonidos similares del mismo orden; por ejemplo: *Janus*, *Jan*, *Jaun*, *Yama*, cuyo nombre prehistórico, sin duda alguna, es la espiración *han*, se transformarán en *Faunus*, *Panú*, *Pan*, *Venus*, *Haoma*, según la preferencia de las lenguas por determinado sonido del mismo orden.

En las lenguas madres de los idiomas aryanos, el verbo sustantivo está tomado de la onomatopeya de la espiración, significando existencia ó vida, y en el eúskaro, que es sin duda alguna el mejor representante hoy, y el más extendido en otro tiempo, de los turanianos, conserva la forma primitiva en algunos tiempos que pudieron servir de modelo á nuestras lenguas de flexión.

Véanse los siguientes paradigmas:

Eúskaro.	*Sanscrito.*	*Griego.*	*Latín.*
Ser.... izan...	.....	.....	Sum, esse.
Tu eres aiz....	así.....	εἰς....	es.
Se tu.. zaite...	.....	ἴσθι...	.....

Sin que el resto de la conjugación se parezca, ni remotamente, se cogen estos puntos principales de contacto como una lejana reminiscencia en las personas paralelas del verbo; pero si se prescindiese del paralelismo personal, haciéndose cargo de que los que hablan mal un idioma suelen emplear el infinitivo y los otros tiempos indistintamente, como pudo suceder en alguna mezcla prehistórica de lenguas ó pueblos, pudieran presentarse otras analogías, aunque esto ya sería pasar los límites de la licencia científica. Por fin, de estas originales onomatopeyas ha formado el hebreo: *aph*, soplo, y narices por donde sale el soplo, y *ja-hâph*, ser ahogado; *av*, suspiro y *avah*, deseo; *habah*, *hajah*, vivir, llegar á ser, y el alma ó la vida; y los griegos, más suaves

en su pronunciación: αω, αυω, soplar, respirar, gritar; αΐω, espirar; αἰων, la duración de la vida; ζόη, la vida; ζωον, animal y Φὰω, decir, hablar, con el cambio de la aspiración en sibilante.

La misma metáfora del soplo forma en hebreo *ani*, ser, (*houm* en caldeo) *haz* vivo, fuerte, *oz*, cosa, todo lo que existe, *aich*, hombre, (en vasco *guiz*) y *nephesh*, soplo, atribuyéndole las significaciones diversas de vida, alma, espíritu, animal. Igual transición entre soplo y espíritu se encuentra en las expresiones *ruach* y *neshamah*, y en las correspondientes árabes *nefs* y *ruh*. Obsérvase una relación idéntica entre las palabras sanscritas *atman* y *prâna*, aunque esta última lleve envuelto el *ber* con la significación de espíritu de vida, y las griegas *psiché*, *pneuma*, y *animus*, *anima* ó *spiritus*, latinas. El alemán *athem*, soplo, el *aice* eúskaro, como *buhatu* soplar, *izana* ser, conservan perfectamente la espiración.

Cuando el soplo ó el aire en movimiento se individualizan, producen, pues, estas ideas: respirar, vivir, existir, ser, sentir, oler, y la expresion de deseos violentos y fuertes aspiraciones del alma. Todas estas imágenes salen por asociación de ideas, de un modo natural, del hecho del soplo. Soplar, ventar, inflamar, llegan á ser en alguna corriente evolutiva, lucir, brillar, porque se sopla la llama del fuego para que viva, y después iluminar y su correlativo ver y el causativo de este, hacer ver ó demostrar, indicar, decir y hablar. El verbo simple *vâ* soplar y sus derivados *vas*, *vad*, *van*, *vank*, *vag*, pasan, por asimilación, del efecto á la causa ó del resultado determinado á la ocasión determinante, individualizando la idea de lucir, de la que resultan, ver, saber, con sus causativos hacer ver, hacer saber ó decir. Inflamar, inflar, hinchar, se particularizan en crecer, y por asimilación ser

fuerte, prosperar, como en el nombre *çabas*, fuerza, de *çu çvi* inflar, crecer y ser vacío ó hinchado de aire, pues los aryanos y los hombres primitivos consideraban el aire como un espacio sin nada, y de ahí la admiración al sentir sus efectos, y la causa de la distinción del espíritu y de la materia. Se comprende, en vista de esto, á qué serie de ramificaciones en las diferentes corrientes evolutivas podrá dar lugar una simple onomatopeya primitiva.

Hay un medio, como se ve, infalible, para conocer la historia de las primeras manifestaciones y del desenvolvimiento primitivo de la inteligencia, y consiste en atinar con los primeros elementos del lenguaje, las onomatopeyas; después es preciso estudiar la fonología ó conocimiento de las formas silábicas y las leyes que presiden á las variaciones de sus elementos fónicos, vocales y consonantes; y, por último, tener presente siempre la analogía y asociación de ideas, ideología positiva ó especie de historia natural del llegar á ser de las formas lógicas encarnadas en las sílabas.

La fonología comparada del sanscrito y de los idiomas indo-europeos ha logrado ya reconstituir las formas integrales del aryaco, lengua común de las tribus aryanas antes de la separación.

Se saben hoy las variaciones sufridas por las vocales y consonantes de esta lengua en las diferentes evoluciones á que dió lugar; y como la mayor parte de esas variaciones pueden considerarse como leyes generales fonéticas del lenguaje humano, expondremos aquí las principales que deben ser presentes en la investigación que vamos á hacer de los nombres divinos.

La *a* aryaca está representada en griego y en latín por *a*, *e*, *o;* á veces llega á ser *u*, ó se debilita en *i;* así

el aryaco *gan-as*, raza, en sanscrito es *jan-as*, en griego γενος, y en latín *gen-us*. Nótese, en este ejemplo, la espiración sola llegando á significar generación, raza.

Del mismo modo *naw-as*, nuevo, hace νεΓος en griego, y en latín *novus;* y *padas*, pié, *podos*, *pedis*. Esta ley de la variación de las vocales es general.

Cuanto á las consonantes, el aryaco tiene quince nada más; no conoce *v*, *j*, *f*, *ch* ni *z*. Los tránsitos principales de consonantes se hacen, generalmente, en el mismo orden, labial por labial, etc.; *g* por *k*, *r* por *l*. Labiales, sin embargo, como *b* y *p*, pasan á dentales *d* y *t*. La *y* pasa á *g; Yahb* se hace *gab*, *geb*, *gib; Yut*, *guth*, *goth; Yas*, *gas*, *ges*, *gos*, etc.

Suponemos que el lector está enterado de todos estos cambios que son rudimentarios.

Nosotros aplicaremos á las familias de lenguas, cuya morfología está por estudiar, estas mismas leyes, en la seguridad de que son leyes generales del lenguaje humano; pero no saldremos nunca de los cambios, dentro del mismo orden, sino cuando haya pruebas terminantes.

La personalidad ó deificación del soplo ó del espíritu (pues el hombre no podrá nunca concebir ni adorar sino un Dios personal), se comprende en toda su sencillez y naturalidad, sin más que ponerse uno en el estado mental que tuvieron los primeros hombres, y del cual sólo puede dar una idea aproximada el actual modo de ser de los salvajes. Su manera de nvestigar las causas era parecida; pero tenían menos experiencia acumulada, menos tradiciones y menos contingente heredado en sus facultades.

Así es que la naturaleza, en todo lo que se les aparecía dotado de movimiento, fuerza ó sonido, les revelaba un poder que, por analogía, y con mucha razón, se les figuraba personal é inteligente. Ellos no sabían

como sabemos ahora y los mismos salvajes sospechan, que el fuego y el calor, el aire y el viento son fenómenos naturales y propios de un estado especial de la materia; ellos veían estas cosas en su imaginación infantil como seres terribles que podían serles adversos ó propicios, según sus dones y sus ruegos. En Tylor (1) puede verse, por ejemplo, que el estornudo, resto de una preocupación primitiva, originada en este modo de ver las cosas, es entre los Zulos todavía la salida de un espíritu por las narices. El que se tome el trabajo de estudiar un poco las costumbres comparadas de los pueblos, observará un sin número de supervivencias por el estilo. Todos los ruidos y sonidos que tenían lugar en el mundo y hasta en el cuerpo humano, eran tomados por manifestaciones del espíritu. El fuego y el calor, cuya naturaleza no podían explicarse, y el aire y el viento ó el soplo personal les ofrecían un misterio en su intangibilidad los unos, y en su invisibilidad los otros, que se prestaba perfectamente al carácter religioso que les dieron. El famoso pasaje del *Tao-te-king: Yi hi vei*, igual, poco, fino, en la moderna significación, hace referencia quizás á la antigua concepción del soplo ó viento: «Se le mira sin ver, su nombre es *yi;* se percibe sin oir, su nombre *hi;* se le concibe sin alcanzar, su nombre es *vei;* estos tres no pueden ser comprendidos, por eso se unen y son uno.»

Donde quiera que se notaba un movimiento ó *que se oía un sonido*, sin causa alguna aparente ó visible, allí se ocultaba un dios. Que las hojas blandamente mecidas se chocasen, haciendo producir á la enramada un sordo murmullo, ó que extremecidas por el huracán causasen un ruido infernal, era el soplo divino, Céfiro

(1) Primitive culture.

ó Pan, andando el tiempo, que visitaba sus bosques. Que silbase el viento por la hendidura de la cueva ó el resquicio de la choza, era el dios que tocaba su *syrinxa* y quería ser escuchado con respeto. Que en la oscura noche la tempestad arrancase de cuajo la cabaña endeble, dejando sumidos en la fría oscuridad sus moradores, y el terror *pánico* se apoderaba de ellos. Fué así con lo demás posteriormente, aunque no trajo ya tan grandes consecuencias á la mitología.

Las tribus que llegaron á las costas, al ver la alteración del mar, supusiéronle un dueño: Poseidón ó Neptuno; *Ydaspati* ó señor de las aguas. Neptuno tiene el mismo significado con distintas raices. Cuando los ríos, los bosques y los mares se poblaron de dioses, el sentido primitivo de los grandes mitos se había perdido ya. Sólo se conservaba en algún colegio sacerdotal un resto de tradiciones muy veladas y con mezcla de una revelación moral hecha por profetas que nunca faltan y son de todos tiempos. En ese risueño gentilismo de la Grecia, lo mismo que en el paganismo romano, no quedan más que nombres rodeados de aventuras y de hazañas sobrepuestas, confundidas y mezcladas por una no interrumpida asociación de ideas durante miles de años, de tal modo, que será siempre imposible desenredar por completo la enmarañada madeja de los mitos, dejando á cada uno lo que le pertenece.

A pesar de eso, con buen método, puede llegarse á ver claro el origen de los grandes dioses y á desentrañar sus principales cualidades y atributos. Estableciendo, pues, las dos grandes divisiones de la mitología primitiva: los mitos del calor ó fuego y los del soplo ó espíritu, por más que en los tiempos sucesivos hayan llegado á combinarse de mil maneras los unos con los otros, podremos descubrir el nacimiento é im-

posición de nombres de los dioses con seguras señales y datos positivos. Mas como pudiera haber quienes dudasen de esta relación estrechísima entre el soplo y el espíritu, que indicada dejamos, pondremos algunos ejemplos para probar la supervivencia de aquel modo de ver que tuvieron los antiguos y hacer notar que la adopción de la palabra *soplo* para con ella expresar también el *espíritu*, no fué una simple metáfora. Cuando moría un romano, el pariente más próximo se inclinaba sobre su boca para aspirar su último suspiro, *hanc animan*, del mismo modo que, los semínolas de la Florida, cuando una mejer muere de parto, ponen el niño sobre su rostro para que reciba el espíritu al salir (1).

Los paisanos del Tirol se imaginan, todavía, que el alma de un hombre de bien se escapa por la boca bajo la forma de una nube blanca.

«No es el corazón el que sube al cielo, dicen los indígenas de Nicaragua, sino el soplo que le hace vivir; es decir, la respiración que se escapa por la boca y se llama *Julio* (2).»

Esta alma soplo, llamada *Julio*, es idéntica al *Yuli*, azteca, vivir, y en ambas expresiones van envueltas las dos onomatopeyas primitivas, sin más cambio que el de las vocales y el paso de la *r* á *l*. Lo mismo puede decirse del *lâ* ó *kela* de los karenos, alma, espíritu ó genio, sobre el cual fundan un sistema de vitalismo muy complejo. Es un hecho cierto que en toda palabra denotando soplo, alma, animación ó vida van incluidas aquellas raices. *Wang*, significa en la Australia occidental, respiración, espíritu, alma, y en Califor-

---

(1) Brinton; *Myths of New World*, pág. 253.
(2) Oviedo; *Historia de Nicaragua*.

nia, en la lengua netela, *piuts* significa también respiración, vida y alma.

Los groelandeses reconocen dos almas en el hombre, la sombra y la respiración; el alma se escapa por las narices, dicen los malayos; y en Java, para designar las ideas de respiracion, vida y alma, emplean la misma palabra *nawa* (1).

El espectro ó fantasma, percibido en sueños ó en visión, es lo que más afirmó al hombre primitivo en la creencia del alma; así, que á veces busca su analogía en la sombra, por su falta de sustancialidad. Esta es otra forma diferente para expresar la idea de espíritu; pero supone ya más reflexión. La misma palabra sirve á los tasmanianos para expresar alma y sombra. En arawaco *neja* significa alma y sombra, y los abipones se sirven de la palabra *loa kal*. *Seriti*, la sombra, designa entre los basutos lo que subsiste después de la muerte. De todos modos, lo mismo en estas palabras bárbaras, que en el *umbra* latino y el español *sombra*, se ven subsistir siempre las primitivas onomatopeyas. Fué primero indudablemente la comparación de la sombra al espíritu, conocido ya por su nombre onomatopeico, que la del espíritu á la sombra, porque el nombre de sombra conserva la espiración en muchas lenguas. En el ritual funerario de los antiguos egipcios se hace la distinción entre el *ba* y el *akba*, el *ka* y el *khaba* del hombre, que M. Birch traduce por alma, espíritu, existencia y *sombra*. Suavícese el sonido de la *k* y tendremos la espiración.

En fin, un ejemplo excelente del modo de proceder los primeros hombres en la investigación de las causas, y de la analogía que existe, entre el poco desenvolvi-

(1) *Cranz. Gröieland*, pág. 257.—*Crawford. Malay. Gr. and Dicto Marsden, Sumatra*, pág. 386.

miento de la inteligencia y el de la civilización, nos lo proporciona Laura Bridgman, joven aislada completamente del mundo por impedimento de sus sentidos y que cuando pudo darse á entender, decía: «Yo soñaba que Dios arrebataba mi respiración para llevarla al cielo (1).» Su estado de espíritu, casi igual al del hombre primitivo, le presentó la misma analogía entre el soplo y el alma. ¿Qué mejor prueba de la verdad de aquella correlación?

El soplo, la respiración, fué por consiguiente en el origen del lenguaje, el espíritu, la vida, la existencia, la animación y el *verbo*.

(1) Lieber, Laura Bridgman, dans *Smithsonian Contrib.* Vol. 2.º, pág. 8.